



naturaleza
y libertad
revista de filosofía

Para la publicación de este número se ha contado con la ayuda
financiera de las siguientes instituciones:
**Departamento de Filosofía y Lógica y Filosofía de la Ciencia
de la Universidad de Sevilla**
Asociación de Filosofía y Ciencia Contemporánea. Madrid

DEBATE SOBRE LA INTELIGIBILIDAD
DE LA CONCIENCIA

Número Monográfico de
NATURALEZA Y LIBERTAD
Revista de estudios interdisciplinarios

Número 7

Málaga, 2016
ISSN: 2254-9668

Esta revista es accesible *on-line* en el siguiente portal:
<http://grupo.us.es/naturalezayl>

Directores: Juan Arana, Universidad de Sevilla; Juan José Padial, Universidad de Málaga;
Francisco Rodríguez Valls, Universidad de Sevilla.

Secretario: Miguel Palomo, Universidad de Sevilla

Consejo de Redacción: Jesús Fernández Muñoz, Universidad de Sevilla; José Luis González Quirós, Universidad Juan Carlos I, Madrid; Francisco Soler, Universität Dortmund / Universidad de Sevilla; Pedro Jesús Teruel, Universidad de Valencia; Héctor Velázquez, México.

Consejo Editorial: Mariano Álvarez, Real Academia de Ciencia Morales y Políticas; Allan Franklin, University of Colorado; Michael Heller, Universidad Pontificia de Cracovia; Manfred Stöcker, Universität Bremen; William Stoeger, University of Arizona.

Consejo Asesor: Rafael Andrés Alemañ Berenguer, Universidad de Alicante; Juan Ramón Álvarez, Universidad de León; Luis Álvarez Munárriz, Universidad de Murcia; Avelina Cecilia Lafuente, Universidad de Sevilla; Luciano Espinosa, Universidad de Salamanca; Miguel Espinoza, Université de Strasbourg; Juan A. García González, Universidad de Málaga; José Manuel Giménez Amaya, Universidad de Navarra; Karim Gherab Martín, Universidad Autónoma de Madrid; Martín López Corredoira, Instituto de Astrofísica de Canarias; Alfredo Marcos, Universidad de Valladolid; María Elvira Martínez, Universidad de la Sabana (Colombia); Marta Mendonça, Universidade Nova de Lisboa; Javier Monserrat, Universidad Autónoma de Madrid; Leopoldo Prieto, Colegio Mayor San Pablo, Madrid; Ana Rioja, Universidad Complutense, Madrid; José Luis González Recio, Universidad Complutense, Madrid; Javier Serrano, TEC Monterrey (México); Hugo Viciano, Université Paris I; Claudia Vanney, Universidad Austral, Buenos Aires; José Domingo Vilaplana, Huelva.

Redacción y Secretaría:

Naturaleza y Libertad. Revista de estudios interdisciplinarios. Departamento de Filosofía y Lógica. Calle Camilo José Cela s.n. E-41018 Sevilla. Depósito Legal: MA2112-2012

ISSN: 2254-9668

☎ 954.55.77.57 Fax: 954.55.16.78. E-mail: jarana@us.es

© Naturaleza y Libertad. Revista de Filosofía, 2016

ÍNDICE

Presentación. Fernando Fernández. AEDOS, Madrid9

ESTUDIOS

<i>¿Es la matemática la nomogonía de la conciencia?</i> Miguel Acosta. CEU San Pablo	15
<i>Hacia un modelo integral de la conciencia humana.</i> Luis Álvarez. U. de Murcia.....	41
<i>La auténtica alternativa al naturalismo de la conciencia.</i> U. Ferrer. U. de Murcia.....	85
<i>Hay más ciencias que las naturales.</i> Juan A. García González. U. de Málaga	107
<i>Máquinas computacionales y conciencia artificial.</i> Gonzalo Génova. U. Carlos III.....	123
<i>Mente y cerebro... ¿reduccionismo biológico?</i> N. Jouve de la Barreda. U. de Alcalá	145
<i>Conciencia en e-prime.</i> Manuel Luna Alcoba. I. E. S. Ruiz Gijón (Utrera)	159
<i>La conciencia como problema ontológico.</i> A. Marcos y M. Pérez. U. de Valladolid	185
<i>Conciencia, leyes y causas.</i> José Ignacio Murillo. U. de Navarra.....	211
<i>Principios físicos, biológicos y cognoscitivos.</i> Juan J. Padial. U. de Málaga	227
<i>Una explicación de la conciencia inexplicada.</i> Aquilino Polaino. CEU San Pablo	239
<i>Naturalismo y hermenéutica de la conciencia.</i> F. Rodríguez Valls. U. de Sevilla	255
<i>Azar físico y libertad.</i> Francisco José Soler Gil. U. de Sevilla.....	271
<i>La conciencia, no sólo inexplicada, también inexplicable.</i> J. D. Vilaplana. Huelva	289

NOTAS

<i>Naturalismo y teísmo.</i> Carlos del Ama Gutiérrez. Madrid	305
<i>La conciencia inexplicada. Opiniones de un profano.</i> José Corral Lope. Madrid	309
<i>La alteridad mal explicada,</i> G. Fernández Borsot. U. I. Catalunya. Barcelona.....	323
<i>La experiencia del vértigo.</i> José Andrés Gallego. CSIC, Madrid	339
<i>Creencia y química.</i> Rafael Gómez Pérez. Madrid	347
<i>¿Es necesaria una teoría de la conciencia?</i> J. L. G. Quirós. U. Rey Juan Carlos.....	357

DISCUSIÓN

<i>Los límites de la explicación.</i> Juan Arana. U. de Sevilla.....	375
--	-----

LA EXPERIENCIA DEL VÉRTIGO

José Andrés Gallego

CSIC, Madrid

Resumen: Este ensayo considera una experiencia personal de un episodio del llamado vértigo de Ménière como situación en la que el sujeto percibe o cree percibir la excisión entre la conciencia de sí mismo y el control de su organismo, digamos carnal. Puede servir para una iniciación fenomenológica en lo que plantea Juan Arana en *La conciencia inexplicada* de Juan Arana.

Palabras clave: Consciencia, vértigo, Ménière, fenomenología.

Consciousness in an Episode of Meniere Vertigo

Abstract: This paper considers a personal experience of an episode of the so-called Meniere disease (vertigo) as a state in which the subject perceives a split between his or her consciousness and his or her control of his or her own organism. It could be useful for a phenomenological perspective of some thesis of Juan Arana's book *The unexplained consciousness*.

Keywords: Consciousness, Meniere Disease, Phenomenology.

Recibido: 30/08/2016 **Aprobado:** 21/09/2016

Me gustaría apurar el razonamiento de Juan Arana. Me refiero a la “leve-
dad” en que consiste la conciencia, que sólo estriba en eso. Al leerlo, he
recordado lo que decía el propio Polo sobre los hábitos intelectuales y no me
convenció totalmente en su día. Dice que, a diferencia de los morales, no
requieren repetición de actos, sino que se constituyen en hábitos en el mo-
mento en que se hacen realidad por primera vez. Es decir: un día, acaso en un
espejo, me reconocí, vi mi imagen como la de otro y entendí que era otro y,

desde entonces, sin ninguna necesidad de razonarlo, veo y capto lo otro como otro. Puede que no fuese un espejo, sino alguien a quien vi por segunda vez.

¿Lo resolvemos nuevamente como fijación de una red neuronal que es la que da la permanencia al hábito de forma que ese primer principio sea hábito (siquiera sea como hipótesis)? No tengo duda alguna. Tiene que ver con lo que dice Armando Segura de la capacidad humana de tener conciencia de lo posible y desearlo y pretenderlo. La envergadura de lo que pretendemos tiende a crecer en cada uno de nosotros conforme pasa el tiempo. Lo cual quiere decir que también crece nuestra capacidad de esperar. Me llama la atención —también, sobre la prudencia con que caminan— que sea en nuestros días cuando algunos neurocientíficos se atreven a afirmar que empezamos a conocer el mecanismo neuronal de ese proceso que es, en definitiva, la experiencia que resumían los latinos con las palabras *Festina lente*, “Apresúrate despacio”. La impaciencia de los adolescentes tiende a decrecer en la medida en que se desarrolla la conectividad frontostriatal y parece relacionada con el creciente acoplamiento de señales de valor entre el *cortex ventromedial prefrontal* y las regiones del cerebro especializadas en el control del comportamiento, y todo esto, con la edad, o sea con el paso del tiempo y el desarrollo de esos niños y adolescentes (Steinbeis, Haushofer, Fehr & Singer, 2016).

Pero, de nuevo, no se me ocurre reducirlo a esa red presuntamente neuronal. Como señala Juan Arana (2015: 146), las neuronas y sus asambleas no tienen nada que no tengan las vejigas natatorias, los estambres o las estalactitas.

No sólo eso, sino que, nuevamente, tengo que comprender que sólo puedo relacionar las asambleas neuronales en cuestión —las que procedan— con la conciencia de mí mismo si parto (yo) de que (yo) puedo relacionarlas y (yo) las relaciono. El yo se nos presenta de continuo —en esas reflexiones— como algo que ya existe o, mejor, como el requisito *sine qua non*, incluso en los momentos más cercanos a la confianza en mí mismo como alguien que realmente soy. Lo necesito incluso para expresar que dudo de que exista (si es que dudo de mi existencia).

Explicaré mejor el alcance de lo que quiero decir si acudo a los estudios que conozco sobre la confianza en que las percepciones propias se adecúan a la realidad: Hebart y compañía (2016) han logrado mostrar que la decisión —a favor o en contra— se codifica en una asociación del cortex parietal prefrontal y posterior, pero que el grado de confianza se refleja en la actividad del *ventral striatum*. Lo que no se les ocurre decir es que “confiar” —lo que se dice confiar, o sea, que tú o yo confiemos— consista en eso.

Lo que sí parece probar todo eso es que, para reconocermelo como yo, han de darse determinadas condiciones en el organismo humano, por lo menos en el cerebro. Llegar a esta capacidad sí me parece que puede ser evolutivo, aunque no me atrevería a decir que, por lo tanto, darwiniano. Cómo sea esa evolución, es otro cantar. Si, en efecto, se trata de otro paso en un proceso evolutivo, ese paso es tan leve —inaprensible quiero decir— como abismal. Desde ese instante, soy y, sólo en ese momento, puedo llegar a preguntarme qué debo hacer ante lo que percibo, o sea hacerme la pregunta moral.

Pero no hay nada más endeble como explicación de un paso gigantesco que damos todos los humanos. Podemos deducir cómo llegamos a ser capaces

—mentalmente— de dar el paso, pero no sabemos cómo damos el paso, ni en qué consiste darlo, ni mucho menos cómo es posible esa reversión de la conciencia sobre sí que supone reconocerse en primera persona. Para eso hacen falta neuronas y más cosas, sin duda; pero no es eso lo que me lleva a la efectiva toma de conciencia que me permite hablar de mí en primera persona. Lo que me lleva es —desde el punto de vista cognoscitivo— desesperadamente leve: lo hago y ya está.

Juan Arana añade requisitos que me permiten avanzar en describir aquello en que consiste la levedad de la que hablamos: el estado de ser consciente; dice que es poco verosímil que tenga conciencia alguien que carezca de suficiente capacidad —física— para recopilar información y coordinar los movimientos que le permitan dar respuestas que incidan realmente en el entorno del que viene la información (pág. 149). Pues bien, siendo esto cierto, también lo es que hay más, a juzgar por el hecho —por más que excepcional— de que yo puedo ser consciente de que dejo de ser capaz justo de eso: de que he perdido la capacidad física de coordinar mis movimientos para dar respuestas que incidan en mi entorno.

Sólo he padecido un “episodio” del llamado vértigo de Ménière y fue eso exactamente lo que sentí: la información que acerté a captar es que no podía coordinar los movimientos que me dejaran responder a ella. Según parece, en el vértigo de Ménière no ciriquean las neuronas como protagonistas —aunque no falten a la convocatoria—: es el líquido que rellena las estructuras del laberinto del oído interno el que las suele convocar (Beasley & Jones, 1996). El episodio fue espantoso, dicho sin exageración de ningún género. He compartido la experiencia con otros afectados y me sorprende que no se

reconozcan en lo que yo sentí, ni les espante, por tanto, repetir (si es que no hay más remedio). López Ibor (1952) puso algunos ejemplos que lo ilustran. La descripción que hizo Lutero de su propia experiencia de ese tipo de vértigo en 1530 no anda lejos, en cambio, al menos en los síntomas (*vid.* Schaaf y Holtman, 2005).

Me resulta extremadamente difícil encontrar las palabras necesarias para describir la experiencia, que, no obstante, fue nítida: fue una separación — física— entre mi organismo y yo, o sea separación de la conciencia de que soy yo mismo. Percibía claramente que perdía el dominio sobre mis movimientos y que esa pérdida estribaba en un punto de unión —el punto, el único— entre mi cuerpo vivo y yo. No fue separación, sino “descentramiento”; fue como si mi organismo se desplazara levemente, fuera del eje que parte de mí mismo —del núcleo que consiste (o que sólo parece consistir) en la pura capacidad de ser consciente en primera persona)— y centra simplemente de ese modo —lo percibí de esta manera— el organismo vivo que soy.

Consiste en eso y eso es lo que coordina los movimientos con los respondo al entorno. Pero, en ese momento, mi entorno era mi propio cuerpo vivo, cuyo movimiento no podía controlar. Se había descentrado de manera que no podía obedecerme; se me había “escapado” de las manos, dicho coloquialmente.

Quizá esto último resume exactamente la sensación: de mi mente —porque la percepción se desarrolló en mi mente (en muy pocos segundos)—, partía el eje que mantenía el organismo en equilibrio, y era el eje del organismo el que se había desplazado —me atrevería a decir que vi el desplazamiento— y se había “desconectado”, por lo tanto, de mi mente, o sea

de mí. Seguía unido a mí —diría en mis pies—, pero al modo de un tentempié que se quedara, al pronto, inclinado hacia un lado y no recuperase el equilibrio, que, por tanto, quedaba reducido a ser yo y nada más que ser consciente de no poder siquiera salirme de mí mismo.

Sentí el espanto de perder el dominio sobre todo lo que no fuera la levedad de que habla Juan Arana, o sea de no ser nada más que yo, el más escueto “soy”. Radicalmente sólo eso. Una conciencia abandonada a su mera existencia como conciencia que ve lo que sucede y no puede reaccionar; no tiene con qué, de qué valerse para responder a ningún estímulo. No está sola, sino indefensa, inerme, inútil; carece de instrumentos —de órganos— para realizar tarea alguna. El organismo con que suele responder se ha ido de su control y me reduzco a la pura conciencia de ser un mero “soy” y nada más.

En el sentido fuerte de este verbo, soy pura indefensión como conciencia de mí mismo. Incluso para vomitar —reducido a la pura náusea—, sólo era capaz de mantenerme de rodillas aferrado a los bordes del retrete, que había alcanzado al tacto.

Me sucedió un anochecer en que estaba mentalmente rendido y me dejé caer de espaldas sobre una cama. No sé si duraría dos segundos la percepción que intento describir. Me costó una semana hallarme en condiciones de mantenerme en pie. Queda muy lejos de los quince días que solía durar a los pacientes del doctor Komhuber cuando lo describió (1974).

No puedo decir más sobre todo esto. No sé más que que fue así.

Ahora leo a Ferrari y compañeros (2016) y veo que han probado fehacientemente que el córtex prefrontal dorsomedial desempeña un papel decisivo en la creación —esto es: en la propia causalidad, o sea como causa (for-

mal?)— de impresiones coherentes basadas en la integración de descripciones faciales y verbales de comportamientos sociales. De acuerdo. Y me pregunto si no era justamente en el córtex prefrontal donde me pareció que estaba yo en esos momentos —los del vértigo—, o sea donde se hallaba el eje abandonado a que me había reducido.

Es posible. Pero, de todas esas impresiones —las que causa esa parte del córtex y, en todo caso, las del vértigo de Ménière (que no las causa)—, puedo decir con toda propiedad que “las tengo yo” y que no soy el córtex.

Me revisaron durante varios días y no hallaron razón alguna. Concluyeron con lo que ahora concluyen: sin duda, estrés. Antiguamente hubieran dicho que era cosa de uno de los humores. Cuando expliqué que, desde ese momento, tenía la compañía de un constante zumbido, me aconsejaron —con la mayor benevolencia— que procurase entenderme con él (que me entendiera yo, que ellos no se entendían, quiero decir).

El zumbido, por cierto, ni lo controlo ni reside en la conciencia de mí mismo. Nace saliendo a la derecha, si me permiten la descripción irónica.

Referencias

N.J.P. Beasley, N.S. Jones, “Meniere’s disease: evolution and definition”. *The Journal of Laryngology & Otology* 110(12) (1996): 1107-13.

Chirara Ferrari, Carlotta Lega, Mirta Vernice, Marco Tamietto, Peter Mende-Siedlecki, Tomaso Vecchi, Alexander Todorov, Zaida Cattaneo, “The dorsomedial prefrontal cortex plays a causal role integrating social impressions from faces and verbal descriptions”. *Cerebral Cortex* 26(1) (2016): 156-65.

Martin N. Hebart, Yoren Schriever, Tobias H. Donner, John-Dylan Haynes, “The relationship between perceptual decision variables and confidence in the human brain”. *Cerebral Cortex* 26 (1) (2016): 118-30.

H.H. Komhuber, “Nystagmus and related phenomena in man: an outline of otoneurology”. *Vestibular System: Part 2: Psychophysics*, (1974): 196-229.

Juan José López-Ibor, “Agoraphobic vertigo: with a consideration of the nature of Meniere vertigo”. *Journal of Nervous & Mental Disease* 116(6) (1952): 794-807.

H. Schaaf, H. Holtmann, “Patientenführung bei M. Menière Klare Diagnose, meist schwindelerregende Perspektiven”, (2005). http://www.drhschaaf.de/Patientenfuehrung_bei_Meniere.htm y http://www.drhschaaf.de/meniere_counselling_englisch.htm

Nikolaus Steinbeis, Johannes Haushofer, Ernst Fehr, Tania Singer, “Development of behavioral control and associated vmPFC-DLPFC connectivity explains children’s increased resistance to temptation in intertemporal choice”. *Cerebral Cortex* 26(1) (2016): 32-42.